

casar un muchacho de «Santicos» y se sintió en la calle la ansiedad de cómo podría librar con su falteja, el trámite del examen de doctrina; se incorporó a la compañía como hombre bueno y se metió un ratón en el cañón de los pantalones, haciendo una bolsa entre dos tomizas. Una vez reunidos, antes de que el cura empezase a preguntar, soltó el ratón y con la risa y la algazara el sacerdote no hizo ninguna pregunta y el novio pudo volver tan airoso y aprobado.

Con el mismo «Santicos» se dió otro hecho revelador del poder de la calle.

Cuando pretendió casarse «Talán» con la Agapita, quiso su padre hacerlo un poco ligero para librar de la quinta a otro hijo. «Santicos» lo oyó con calma y contestó: «sabes lo que te digo; que el que venga apretando, que venga alojando, que yo no tengo un cuarto, así, que, suelta la mosca». Y «Talán» la soltó. La simplicidad de «Santicos» se había impregnado del espíritu utilitario de la esquina de «Jaranda»: el que algo quiere, algo le cuesta. O, «el que quiera peces...».

«Jaranda» sin embargo, conocido también por «Potra», Angel Sánchez, era hombre complaciente. Tocaba la guitarra y en cuanto las mocejas le decían algo, ya estaba funcionando el baile. El contraste de su prontitud con la parsimonia habitual en los tocadores, que necesitan dos horas para afinar el instrumento, hacía decir a la gente que con el tío «Potra» daba gusto, porque siempre la tenía «templá». Y, así sucedía, en efecto; decirlo y empezar a tocar, era todo uno.

La esquina de «Jaranda», saliente, al mediodía, de la calle Nueva a la Cruz, era una de las preferidas para reunirse los yeseros, que formaban casi la totalidad del censo del barrio.

Había un grupo auxiliar, formado por los junqueros, que iban a las vegas a segar junco y a los ríos a segar «masiega», una vez desecados, para quemar el yeso. Este grupo lo formaban los «Pancharros», los «Artilleros», los «Mónicos», «Santicos», «el Presiario», Nicolás «el Birlao» y

otros, aunque los yeseros no desdeñaban ir ellos mismos a por el ramaje, cuando se terciaba.

Las necesidades de la construcción, dentro y fuera del pueblo, daban cierta vida a los hornos, permitiendo tener ocupada a toda la familia, motivo de que se extendiera el arte al emanciparse los hijos y empezar a quemar por su cuenta, pluralizándose algunos apellidos y motes, como los «Pellases», los «Rochanos», los «Jarandas», los «Bernardicos», los «Canillas», los «Pelaos», los «Periquillos». Los más se mantuvieron en singular, aunque estuviera toda la familia consagrada al horno, como «el Zorruno», (Gregorio Bustamante); el tío «Medio», (Julián Ramiro); «Rompe», (José Antonio Galán); «el Mueso», (Juan Leal); Dionisio, «el Bolero»; «Vistabaja», (José Monje); «Bocacántaro», (Manuel García); «Pirralda», (Marcelo Morales); Sefere Marín; «Ojete», (Ignacio Tajuelo, hermano de «Santicos»), «el Tornero», Nicanor Pérez; Matías Tajuelo; «Colilla», (José García); Redondo, «el Moreno Parra»; «Catano», (Cayetano Leal Muñoz); «Pistaño», «Olivilla»; el tío «Zorrilla», (hermano de Feliciano, el de los garbanzos); Bruno Huertas; Varea; Angel y su hermano «Porciones»; Juan «Pimentón», el tío «Juaquinín»; «Caracola»; «Choca»; «Juanete» y otros hasta cincuenta y tantos, todos pacíficos y prudentes, incluso los que no lo parecían, como «el tuerto Boto», que, además, era cojo y hacía gala de un mal genio permanente, hasta el punto de que cuando les tocaba perder a sus chicos en las riñas de la calle, solía salir con «algo» amenazando. Y lo mismo le pasaba con los perros, a los que era aficionado por la caza, siempre sueltos y ladrando a los transeuntes. Pero un día, pasó un señor forastero y al acercársele el perro le dió un buen palo, entrándose el animal cojeando y dando ladridos.

Salió «el Tuerto» con la faca preguntando quién había pegado al perro y el señor, muy tranquilo, dijo: «yo»

«El Tuerto» vió claro y contestó: «Ha hecho usted bien, a ver si se le quita ese vicio». Y se entró en su casa.

